

El aislamiento que estas barreras crean, exige la ayuda de las misiones consulares. Esta ayuda debe darse más que todo en el plano sentimental y humano, por medio de la creación de servicios sociales que utilicen trabajadores sociales adscritos a los consulados que visiten y den soporte a los colombianos más necesitados en el exterior. Las visitas al domicilio, la orientación legal y cultural, la defensa jurídica y sobretodo, la atención cortés y oportuna en los consulados, son necesidades a satisfacer imperiosamente.

Lamentablemente nuestro sistema consular todavía no se adapta a su nueva misión: servir a los colombianos fuera de Colombia. Los locales consulares son insuficientes, aún para los escasos servicios que en este momento se prestan, y además la actitud de los funcionarios es displicente y hasta desapacible en la mayoría de los casos.

Se genera así un rechazo de los compatriotas hacia su consulado, y por ende, hacia su gobierno. Sus esperanzas de acercarse a la patria se desvanecen por la acción de unos funcionarios mal entrenados y desconocedores de sus funciones y obligaciones, y adicionalmente, debido al menosprecio que el gobierno nacional ha demostrado y demuestra por la comunidad colombiana en el exterior. La deficiencia en las partidas presupuestales para el sostenimiento adecuado y eficiente de los consulados, como prueba de ese menosprecio, es responsabilidad del gobierno nacional; nuestros consulados necesitan de esos aportes para prestar los servicios sociales de los cuales hemos hablado, y se trata no de una prebenda, sino de un derecho no sólo humano sino económico, adquirido por la gran ayuda que las transferencias de los emigrantes significan para nuestra economía.

Tenemos derecho a que el país nos dé consulados adecuados y cercanos para atender todas las necesidades de los más vulnerables y pobres; que nos preste los mismos servicios que presta a los colombianos que viven dentro de las fronteras: SISBEN, prestamos educativos y negociación de tratados que validen los títulos de profesionales colombianos, préstamos de vivienda para la familia en Colombia, protección contra los abusos y violación de los derechos humanos en el país receptor; convenir con todos los países del mundo, con los cuales tengamos relaciones, la homologación de los aportes a los sistemas de pensión que de seguridad en la vejez a los emigrantes, en fin, que sintamos efectivamente el brazo protector y la cercanía de la patria en los consulados alrededor del mundo.



REMESAS Y DESARROLLO EL CASO COLOMBIANO

POR. DAVID KHOUDOUR-CASTÉRAS
 Coordinador de la Línea de
 Investigación en Migraciones
 Internacionales
 Facultad de Finanzas, Gobierno y
 Relaciones Internacionales
 Universidad Externado de Colombia
 E-mail: david.khoudour@uexternado.edu.co

COLOMBIA YA TIENE una larga tradición de emigración. Tras la participación del país en la Guerra de Corea, los Estados Unidos abrieron sus fronteras, mediante el Programa Bracero, a los trabajadores colombianos, los cuales pudieron así contribuir a la expansión económica estadounidense de los años 1950 y 1960. Luego, durante los años 1970 y 1980, alrededor de 500,000 colombianos se fueron a vivir a Venezuela, país cuya demanda de trabajo había crecido drásticamente después de la bonanza petrolera de los años 1970. Finalmente, el fenómeno migratorio se expandió significativamente

en los años 1990, bajo la acción conjunta del conflicto armado y de la crisis económica. El resultado de este proceso de emigración masiva es que, según el censo llevado a cabo en el 2005, alrededor de 3.3 millones de colombianos viven en el exterior, o sea el 8% de la población total (DANE, 2006). Las mujeres representan el 51.4% de los emigrantes y la edad mediana de la población colombiana en el exterior es de 25.4 años. Las principales zonas de expulsión son el Valle del Cauca (24.1% del total de los emigrantes colombianos), Bogotá (18.7%),

Antioquia (11.9%), Risaralda (7.8%) y Atlántico (6.6%). Los principales países de destino son Estados Unidos (35.4% del total), España (23.3%), Venezuela (18.5%), Ecuador (2.4%) y Canadá (2.2%).

Como consecuencia del fuerte incremento del número de expatriados, el ingreso de remesas a Colombia se ha disparado en los últimos años. Sólo entre 1995 y 2005, el monto de las remesas oficiales en Colombia se multiplicó por cuatro pasando de 809 millones de dólares en 1995, a 3314 millones en 2005. Colombia ocupa así el tercer lugar latinoamericano en materia de recepción de remesas, luego de México y Brasil. El resultado es un incremento del peso de las remesas en la economía colombiana. En 1990 las remesas representaban tan sólo el 1% del PIB colombiano y el 6.9% de las exportaciones; en el 2005 estas cifras ascendieron respectivamente al 2.7% y al 15.9%.

Una de las principales críticas que se hacen a las remesas es que se concentran esencialmente en el consumo de bienes de primera necesidad y que no se destinan a gastos productivos. En otras palabras, el hecho de que los receptores de remesas tengan una tasa de ahorro muy débil y que no usen el dinero recibido para invertir en proyectos empresariales no favorecería el desarrollo a largo plazo de la economía. Sin embargo, cabe anotar que la estructura de gastos de las familias que reciben remesas es similar a la de la mayoría de los hogares colombianos y que desde luego,

no tiene nada que ver con las mismas remesas, sino con las condiciones de vida de los colombianos en general. Además, parece inconsistente criticar el uso que hacen las familias de las remesas cuando, justamente, la razón central por la cual los emigrantes mandan dinero, es cubrir las necesidades primarias de sus familias. Es importante resaltar que las remesas al contribuir al aumento del consumo, es decir, de la demanda agregada, tienen un efecto multiplicador sobre el PIB. De hecho, los gastos realizados por los hogares receptores de remesas estimulan la demanda en diversos sectores de la economía, y éstos a su vez, incrementan sus gastos de tal manera que el impulso inicial sea más que proporcional con respecto a la actividad económica.

Un sector que se ha visto particularmente beneficiado por la entrada de remesas es el de la construcción, por un lado gracias a la compra de vivienda realizada por las familias de los emigrantes, y por otro, mediante la inversión directa realizada por algunos colombianos del exterior en su país de origen. Asimismo, las remesas han contribuido a la creación de microempresas en el país, ya que los problemas de acceso al crédito de los hogares de bajos ingresos se ven mitigados por el aporte financiero de los emigrantes.

En particular, las remesas permiten comprar bienes de inversión, como las herramientas que sirven de impulso a los pequeños negocios. Sin embargo, la expe-

riencia muestra que la mayoría de estas microempresas se inscriben en una lógica de subsistencia, pertenecen al sector informal y tienen una duración de vida relativamente corta.

Las remesas afectan la cuenta corriente de tres maneras principales. Primero, el ingreso de remesas tiene un efecto directo sobre la balanza de pagos gracias a un mejoramiento de la balanza de invisibles, la cual está esencialmente constituida por las transferencias de dinero. En este sentido, las remesas han contribuido a reducir el desequilibrio externo de la economía colombiana en los últimos años.

El segundo impacto está relacionado con los cambios en los comportamientos de los consumidores. En efecto, los receptores de divisas adoptan generalmente un consumo ostentoso, compuesto básicamente por productos extranjeros tales como ropa de marca o aparatos electrodomésticos (Terry, 2005).

El resultado es un incremento de las importaciones, el cual se ve favorecido por la apertura comercial de la economía colombiana. Por último, las remesas afectan la cuenta corriente por sus repercusiones sobre la tasa de cambio. Esta entrada de dinero implica una apreciación de la moneda nacional, lo cual puede redundar en una pérdida de competitividad y luego en un deterioro de la cuenta corriente (Amuedo-Dorantes y Pozo, 2004). Se presenta entonces un riesgo de enfermedad holandesa, o sea un desplazamiento de la actividad económica

hacia el sector de los bienes no transables. El impacto de las remesas sobre el mercado laboral es ambiguo. Pueden conllevar a una disminución de la tasa de desempleo sin que signifique un mejoramiento de la situación del empleo en el país. En efecto, las remesas representan un ingreso de sustitución que tiende a desestimular la búsqueda de empleo de los receptores y, por ende, genera una disminución del desempleo. De hecho, en muchos casos, los montos recibidos mensualmente superan el salario mínimo colombiano. Este fenómeno da lugar a una "cultura del ocio", particularmente en zonas como el eje cafetero que tiene altos volúmenes de exportación de mano de obra.

El rápido desarrollo de las remesas en Colombia ha suscitado el interés de un número creciente de instituciones financieras atraídas por las perspectivas de ganancias en este mercado. El resultado es un incremento de la competencia entre casas de cambio y bancos para captar el dinero de los migrantes, lo que trae dos tipos de efectos positivos para la economía colombiana. Por un lado, la disminución de los costos de intermediación representa una ganancia neta para las familias receptoras de remesas; por otro lado, las ganancias en



términos de productividad de las instituciones cambiarias y bancarias significa una mayor competitividad del sistema financiero colombiano, lo cual debería contribuir a estimular el ritmo de acumulación del capital en el país. No obstante, existen todavía numerosos límites a la "democracia financiera", es decir, a un mayor acceso de la población a los servicios ofrecidos por las instituciones financieras.

En particular, el nivel de bancarización sigue siendo muy limitado en Colombia, sobre todo para las familias más pobres que continúan recibiendo las remesas mayoritariamente a través de las casas de cambio o de diferentes canales informales. Una de las consecuencias positivas de las

remesas sobre el desarrollo de Colombia está relacionada con su impacto en materia de capital humano (Kugler, 2006). De hecho, una parte significativa del dinero recibido sirve para financiar los gastos de educación y de salud de la nación. Muchos niños pueden seguir sus estudios y numerosas familias pobres pueden pagar los servicios de salud gracias al apoyo financiero de un familiar en el exterior.

Asimismo, las remesas colectivas, o sea los fondos reunidos por las asociaciones de emigrantes enviados a través de redes comunitarias en Internet, permiten financiar proyectos a gran escala, en particular en materia de infraestructura y de educación.

En este sentido, la experiencia de Conexión Colombia, una ONG que tiene como propósito canalizar a través de Internet el dinero de los emigrantes colombianos hacia programas educativos, sanitarios o culturales, ejemplifica el impacto que pueden tener estas remesas en materia de inversión social. Además, este tipo de organización contribuye al desarrollo del capital social en la medida en que impulsa la implementación de redes transnacionales (Guarnizo, 2003).

Es importante resaltar que las remesas constituyen la contraparte de los costos asociados con

SECCIÓN ESPECIAL

el proceso de emigración. Así, el hecho de que varios millones de colombianos hayan dejado el país significa una pérdida neta en materia de capital humano, expresada no sólo en fuga de cerebros, sino también de brazos. En efecto, el crecimiento económico requiere tanto de mano de obra calificada como no calificada, y Colombia está actualmente perdiendo en ambos aspectos. Adicionalmente, la fuga de cerebros es más preocupante en este momento ya que significa que una parte de la inversión realizada en materia de educación sale del país.

En muchos casos, esta pérdida es definitiva puesto que la mayoría de los estudiantes y profesionales que salen de Colombia se instalan en el país de recepción. De hecho, no existen hoy en día los incentivos suficientes para atraer de vuelta a Colombia a los talentos nacionales.

Más allá de su impacto sobre la demanda agregada, las remesas también desempeñan un papel en materia social.

De hecho, muchos receptores de remesas se encuentran por debajo de la línea de pobreza y este aporte de dinero les permite

vivir en mejores condiciones. Las remesas permiten, en particular, financiar la protección social de los más pobres y representan a menudo el único ingreso de numerosos jubilados que no pertenecen al sistema nacional de pensiones.

Además, las remesas constituyen una forma de seguro contra los shocks económicos, o sea la caída inesperada del ingreso familiar, en la medida en que las sumas de dinero mandadas por los emigrantes tienden a ser estables en el tiempo. En este sentido, las remesas contribuyen a la reducción de la pobreza de manera mucho más eficaz que la ayuda para el desarrollo, puesto que van directamente orientadas hacia las familias que más lo necesitan, sin pasar por todos los canales de intermediación que utiliza generalmente la cooperación internacional.

Sin embargo, la llegada regular de giros procedentes del exterior plantea también una serie

de problemas. En primer lugar, las remesas tienden a producir una dependencia financiera que puede poner a los hogares receptores en dificultad cuando los familiares en el exterior dejan, sea de manera coyuntural o definitiva, de mandar dinero. En segundo lugar, las remesas pueden ampliar las desigualdades tanto sociales como geográficas.

En efecto, el proceso de emigración afecta esencialmente a las clases medias-bajas y no tanto a los hogares más pobres que no tienen los recursos financieros suficientes para emprender el viaje al exterior. El resultado es una ampliación de la brecha social entre los hogares receptores de remesas y los demás. De la misma manera, los emigrantes no provienen de las zonas más pobres del país (Chocó, Cauca, Nariño...), sino de los más industrializados como Bogotá, Antioquia (Medellín) o Valle del Cauca (Cali).

Las remesas se concentran entonces en estas zonas, contribuyendo a la profundización de las desigualdades geográficas. A la postre, el balance de las remesas es ambiguo.



SECCIÓN ESPECIAL

Si bien pueden contribuir, bajo ciertas condiciones, a consolidar la actividad económica y a mejorar la situación social, plantean también una serie de riesgos que podrían ser nefastos a largo plazo para el desarrollo de Colombia. Por supuesto, esto no significa que no se puedan utilizar las remesas para impulsar el desarrollo. Al contrario, es importante recurrir a la experiencia provei-

da por las buenas prácticas internacionales para adoptar en Colombia políticas públicas que permitan sacar provecho de esta maña financiero.

En esta perspectiva, la supresión del impuesto de retención a la fuente sobre las giros internacionales, la implementación de la Tarjeta de Registro Consular en Estados Unidos o la organización

de varias ferias de vivienda en Estados Unidos y España, van en buena dirección. En todo caso, las remesas no deben volverse un objetivo, sino un instrumento de la política pública. En efecto, no hay que olvidar que las remesas pertenecen a los migrantes y a su familia. Son el resultado de muchos esfuerzos y sacrificios, y sería una ilusión pensar que el Estado puede adueñarse de ellas.

Referencias

Amuedo-Dorantes, Catalina y Susan Pozo (2004). "Workers' Remittances and the Real Exchange Rate: A Paradox of Gifts." *World Development* 32.8: 1407-1417.

Collazos, María Mercedes, Enrique Montes y Santiago Muñoz (2005). *Estructura de costos de transacción de las remesas de trabajadores en Colombia*. Bogotá: Banco de la República.

DANE (2006). *Censo general 2005*. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas.

Garay Salamanca, Luis Jorge y Adriana Rodríguez Castillo (2005). *Estudio sobre Migración Internacional y Remesas en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, Organización Internacional para las Migraciones.

Guarnizo, Luis Eduardo (2003). "The Economics of Transnational Living." *International Migration Review* 37.3: 666-699.

Kapur, Devesh (2005). "Remittances: The New Development Mantra?" *Re-*

mittances: Development Impact and Future Prospects. Eds. Maimbo, Samuel Munzele y Dilip Ratha. Washington DC: The World Bank: 331-360.

Kugler, Maurice (2006). "Migrant Remittances, Human Capital Formation and Job Creation Externalities in Colombia." *Banco de la República, Borradores de economía* 2463.

Terry, Donald (2005). "Para mejorar el impacto de las remesas en el desarrollo." *Foreign Affairs en Español*, Julio-Septiembre: 2-16.